

Ricardo Aroca Hernández-Ros Doctor Arquitecto www.arocaarquitectos.com
C/ Rafael Calvo nº9, 28010 Madrid estudio@arocaarquitectos.com
914482505

Título **Los horrores de Madrid 2000-2005**
Autor Ricardo Aroca
Cajón de recortes
Medio Escuela Técnica Superior de Arquitectura. Universidad Politécnica de Madrid.
Mayo de 2011
Fecha Noviembre 2005

En resumen, Madrid ha hecho sus deberes, ha presentado un proyecto solvente y bien armado que da fe del intenso trabajo realizado en los últimos dos años, remontando unos vicios de comienzo que han restado brillantez y apoyos a un proyecto que es ganador probable, pero hubiera podido y debido ser ganador indiscutible.

Los horrores de Madrid 2000-2005 | noviembre, 2005 – El País

Vaya por delante, para empezar, que escribo bajo pedido y que Madrid me parece una ciudad estupenda que sufre sobre todo el problema de la falta de cariño de sus habitantes, que a su vez tienen la impresión de que su voluntad pinta poco al lado de la de los grandes operadores inmobiliarios cuyo cariño por la ciudad está desde luego por demostrar y que preferiría cultivar el cariño del que nuestra ciudad está tan necesitada antes que denunciar horrores.

Puestas las gafas de encontrar horrores, el primero que aparece, y además como rasgo con aires de permanencia, es la doble y triple fila de coches aparcados, la falta de respeto a los vados peatonales, el caos circulatorio, la carga, la descarga y el comportamiento agresivo al volante de tantos de nuestros conciudadanos que junto a la estrechez de las aceras, llenas de agujeros, chirimbolos y postes de todo tipo hacen prácticamente imposible andar empujando un cochecito de niño salvo para dar vueltas a la manzana, y ello con dificultades.

Al horror cotidiano que supone salir a la calle en plan de peatón (en bicicleta es absolutamente imposible a poco que uno valore en algo su vida) y que parece instalarse como una característica permanente de Madrid, se suma el, esperemos transitorio, provocado por las incontables zanjas de las diversas compañías de servicios al que ahora se añaden las obras de la M 30 y de no sé cuantos túneles y que a poca publicidad que se haga pueden convertir Madrid en una meca turística para aquellos que buscan las emociones fuertes que la Travesía del Sahara ya no proporciona desde que existe el GPS (el sur de la M 30 deber ser el único lugar del globo terráqueo donde el GPS es incapaz de ofrecer orientaciones válidas).

La brutal transformación del viario madrileño, acometida sin el tiempo necesario para la reflexión y la maduración de un consenso social, y que es sólo posible en el plano económico gracias a la creatividad contable del Ayuntamiento, va a lastrar durante más de una generación la capacidad de inversión en otros proyectos de las sucesivas Administraciones Municipales.

No voy a eludir el capítulo de horrores relativos a la arquitectura y el trazado de la ciudad, que tiene unas peculiaridades que pueden entenderse mejor si se acomete un desesperante experimento que consiste en intentar dibujar o escribir viéndose la mano a través de un televisor que proporciona las imágenes con unos segundos de retraso; la irritación que produce el decalaje temporal entre la acción y la percepción del resultado, puede dar al que lo sufre una pálida idea de la zozobra de los políticos en lo relativo a la arquitectura y más aún las actuaciones urbanísticas; es un terreno en el que si hacen las cosas bien, sólo pueden inaugurar lo que decidieron sus antecesores en los cargos y aún haciéndolo mal y saltándose consensos y trámites pueden llegar muy raspados a la ceremonia de cortar la cinta de lo que inician.

La arquitectura y más aún las actuaciones sobre la ciudad requieren ideas claras, consenso social, asignación de recursos y tiempo; y aún prescindiendo, como se ha hecho con demasiada frecuencia, de los dos primeros ingredientes, las adiciones a la arquitectura madrileña del último quinquenio proceden, sin excepción, de decisiones de administraciones anteriores, y puede anotarse en el haber del Álvarez del Manzano que al menos tuvo la virtud de dejar Madrid al margen de la lluvia de carísimas cafeteras interplanetarias, obra de reputados colegas internacionales cuya creatividad no puede ser constreñida por algo tan vulgar como un presupuesto y que permitirán a tantas ciudades españolas comprobar en pocos años que las modas en arquitectura son cada vez más efímeras.

La arquitectura de Madrid ha sido siempre contenida y discreta y precisamente la sobriedad que la caracteriza hace que nuestros horrores arquitectónicos ni siquiera sean horrores esplendorosos.

Del Palacio de Deportes, que asoma su cutrez arquitectónica hasta casi el centro de la calle Goya, podrá decir, con verdad, nuestro actual Alcalde que no es culpa suya, que lo encargó el anterior Presidente de la Comunidad de Madrid.

Las calles desproporcionadas, desiertas, sin tiendas y con un portal cada cuatro manzanas de los PAUS, gestados bajo la égida del anterior Alcalde no producen horror sino desasosiego; bien es verdad que su monotonía se compensa con el estúpido edificio del agujero en Sanchinarro, excelente demostración de lo que puede hacer alguien (extranjero por supuesto) si se le libera de las trabas económicas y del cumplimiento de ordenanzas que evitan que los demás hagan tonterías.

Para terminar, no está demás recordar otro desafuero, iniciado antes del quinquenio y cuyos efectos empezarán a verse después (esto de la arquitectura y el urbanismo es así de lento):

La recalificación de la antigua Ciudad Deportiva del Real Madrid perpetrada al alimón por el anterior Alcalde y el anterior Presidente de la Comunidad y anunciada desde un sofá en el que D. Florentino Pérez completaba el trío, albergará en sus sótanos cinco mil vehículos (una fila de veinticinco kilómetros de coches parados y de cien, como poco, en marcha) que animará, aún más, el tráfico de la zona.

“La, siempre aplazada, Operación Chamartín” donde hubieran debido ir las torres de oficinas servidas por la red de transporte público, sigue mientras tanto en el limbo, aunque si sigue duplicando su volumen de edificación cada cinco años, como hasta ahora, cuanto más tarde más crecen sus posibilidades de añadirse a la lista de horrores (en los países civilizados el suelo liberado por las infraestructuras se destina a equipamientos actuales o futuros y no a añadir viviendas en un vano intento de pagar las nuevas infraestructuras mediante la recalificación de suelo que lleva camino de convertirse en el primer vicio nacional).

Una retirada a tiempo | abril, 2006 - ABC

Si alguien nos comprara España por lo que pedimos, tendríamos para adquirir Estados Unidos por lo que piden; alguien hizo ese cálculo para Japón, poco antes de la crisis inmobiliaria de la que aún no ha salido y en este momento la cosa podría muy bien ser cierta para España.

No es un problema de leyes, sino de fe colectiva en el creciente valor de la propiedad inmobiliaria que desde hace años se ha demostrado como una inversión rentable, no por su rendimiento, sino por su revalorización, a caballo de los tipos bajos de interés, los crecientes plazos de las hipotecas, las ventajas fiscales para la compra de pisos y sobre todo la fe; basta la fe de muchos en que algo va a subir de precio para que suba, sobre todo si se trata de un bien limitado como el suelo.

Ante la escalada del precio del suelo, cabe pensar que si se facilita su recalificación habrá mucho y bajarán los precios, lo que parece obvio, pero no lo es tanto. A esta óptica corresponde la extraordinariamente liberalizadora ley del suelo de la Comunidad de Madrid aprobada no hace aún cinco años que no ha tenido el efecto pretendido, sino que por el contrario ha coincidido con las mejores alzas del precio del suelo de la historia reciente.

Si la realidad no coincide con la teoría caben dos caminos: a) fijarse un poco más y documentarse, que hay mucho escrito b) aumentar la dosis de medicina aunque el enfermo, que no está ya para muchos trotes, reviente; en esa última

onda un nuevo proyecto de ley del suelo de la Comunidad de Madrid, anda en trámites, (últimamente más bien en el limbo) con pocos apoyos y numerosos rechazos (entre ellos el Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid que pude consultarse en www.coam.org).

Lo que la Comunidad de Madrid precisa en este momento no es una nueva ley del suelo, sino un plan territorial que asegure un desarrollo armónico de la región, (y que debería en buena lógica desbordar el territorio de la Comunidad) y como el resto del país un sistema de financiación de los Ayuntamientos que no los obligue a tirar del carro de las recalificaciones para cuadrar sus cuentas vía licencias de obra y “convenios urbanísticos”.

Por si hubiera pocos argumentos para no continuar con la tramitación, está en marcha un Proyecto de Ley del Suelo estatal, de rango superior; todos (o casi todos) respiraríamos mejor si con el argumento de que conviene esperar a ver qué pasa con la ley estatal se produce una retirada formal y definitiva del Proyecto de Ley del Suelo de la Comunidad; sería una excelente muestra del sentido común de la Presidenta.

Doña Esperanza pone un Foster en nuestra vida | abril, 2006

Cuando una Administración quiere hacer un edificio sólo tiene un camino: convocar un concurso. Si además quiere un edificio excelente, convoca un concurso de ideas, aunque en general las Administraciones suelen optar por mesas de contratación en las que prima la baja de honorarios que están dispuestos a hacer los ofertantes (como si uno eligiera para que le operara el cirujano más barato). La cosa aún puede caer más bajo: en los concursos de proyecto y obra (procedimiento habitual de contratación en la Comunidad de Madrid, pese a las promesas hechas por Doña Esperanza Aguirre, cuando era candidata, de acabar con esta práctica), el arquitecto ni siquiera lo elige una mesa de contratación sino la propia empresa constructora a la que teóricamente debe controlar.

Excepcionalmente en el caso del Campus de la Justicia, la Comunidad personificada en el Vicepresidente Don Alfredo Prada empezó haciendo las cosas de forma excelente, con un Concurso Internacional de Ideas para la ordenación al que concurrieron casi 200 estudios de arquitectura, (entre los que no estaba el de Foster, pese a que se hicieron llegar las bases a todos los grandes estudios internacionales) y cabía esperar que siguieran por el mismo camino, pero no va a ser así.